

Secretaría de Prensa

DISCURSO DE S.E EL PRESIDENTE DE LA REPUBLICA,  
DON PATRICIO AYLWIN AZOCAR, EN INSTITUTO DE COOPERACION  
IBEROAMERICANA (I.C.I.).

9 de abril de 1991

Señoras y Señores:

Agradezco sinceramente esta invitación para dirigirme a ustedes, en este lugar que es símbolo de una tradición cultural común y de la voluntad de vuestro país de cooperar al desarrollo económico, cultural, científico y técnico de América Latina.

Chile ha sido testigo de esa cooperación, que en los años del autoritarismo se canalizó hacia organizaciones sociales y centros de investigación de orientación democrática y, que se ha expresado también en el apoyo a importantes proyectos en conjunto con el gobierno de Chile. Vuestro compromiso con la causa de la democracia chilena ha sido un testimonio de amistad y cercanía que valoramos en toda su magnitud.

Es esta la primera vez que un Presidente chileno democráticamente elegido visita España. En una larga historia de encuentros y desencuentros, nuestras naciones han marchado por rumbos similares en tiempos distintos. Sin embargo, aunque ello significó un distanciamiento oficial, las relaciones culturales y las manifestaciones de solidaridad incubaron una creciente hermandad nacida del dolor y sustentada en una larga tradición común.

El distanciamiento de las relaciones oficiales no pudo sin embargo borrar la herencia de una historia, una lengua y una similar filosofía de la vida. Así como "España es incomprensible sin su vertiente americana", América no puede comprender su pasado, su presente ni su futuro, sin tener en mente su "vertiente" española. De este modo las barreras oficiales o los silencios fueron traspasados por la fecundidad del intercambio cultural.

El impacto cultural de la generación del 98, fue muy significativo en el mundo de habla hispana durante todo este siglo. Así también trascendieron desde nuestro continente hacia España, el espíritu de intelectuales, escritores y artistas

americanos. Sobre esa historia, estamos escribiendo hoy un presente y un futuro de promesas para nuestros pueblos.

Vivimos tiempos de esperanza. Uno de sus signos es el proceso de democratización que está experimentando el mundo contemporáneo.

El reconocimiento y afirmación de la dignidad de la persona humana se imponen como fundamento de la convivencia y la libertad se alza por todas partes por sobre las ideologías que hasta hace poco nos dividían en bloques irreconciliables.

El diálogo de la sociedad se ha ido imponiendo frente al monólogo del Estado. La experiencia nos está demostrando que la convivencia civilizada y el progreso se construyen sobre las bases de la libertad y de la justicia.

Ante nuestras conciencias la democracia surge no sólo como un imperativo ético, sino también como un requisito de eficiencia.

Es éste el sistema que nos permite el mejor uso de nuestra creatividad y de nuestra energía, porque ya no es necesario desgastarse en levantar barreras frente a diversos enemigos.

Europa se ha constituido en el centro de este proceso democratizador. Es esta región la que ha abierto las fronteras de un mundo marcado por la guerra fría, y es aquí donde se está llevando a cabo el más ambicioso proyecto integrador que se acerca al antiguo sueño de una Europa unificada. Nuestros países de América ven con extraordinario interés un proceso que influirá poderosamente en el curso que siga el orden internacional en las próximas décadas.

Chile también ha sido un testimonio de los aires que soplan en el mundo contemporáneo. Estamos enfrentando el desafío de consolidar nuestra democracia -con todo lo que significa de libertad, vigencia de los derechos humanos y respeto a la dignidad de las personas- y al mismo tiempo impulsando el desarrollo y crecimiento económico indispensable para derrotar la pobreza, para alcanzar mejores niveles de vida para nuestro pueblo y para avanzar hacia nuestra plena integración en el mundo moderno. Y lo estamos haciendo en un clima de paz interna, justicia social y solidaridad nacional.

Chile, por historia y destino, pertenece a América Latina y participa en la construcción de su porvenir. Un continente que, por primera vez en muchas décadas vive en democracia y se esfuerza por resolver la grave crisis que recibió de herencia de un pasado de dictaduras y populismos.

Enfrentamos la tarea de conjugar nuestro acervo común mirando hacia el futuro, permeados por una sensibilidad frente a los principales problemas que prevalecen en nuestra América como la miseria, la injusticia, el atraso cultural, la insuficiencia tecnológica y la desesperanza de los desposeídos, para realizar un programa concebido en torno a los desafíos del siglo XXI, cuya meta es el pleno desarrollo de nuestras naciones, en libertad, justicia y paz.

No será quejándonos ni esgrimiendo teorías como nuestros países avanzarán en el camino del desarrollo. La consolidación de nuestras democracias, el estímulo a la iniciativa de nuestros empresarios, la apertura de nuestras economías a una saludable competencia, la promoción de la investigación científica y tecnológica y la puesta en forma de nuestros aparatos productivos son imperativos para conquistar definitivamente el bienestar a que aspiran nuestros conciudadanos.

Para tener éxito en este esfuerzo, debemos reforzar las tendencias hacia la integración de nuestras naciones. En el nuevo contexto político general, la articulación de la región con las principales corrientes económicas del mundo constituye un imperativo que ningún país de América Latina podrá afrontar cabalmente en forma individual.

Los procesos de integración de los grandes centros dinámicos de la economía mundial, como Europa, Norteamérica y el Sudeste Asiático nos muestran un camino exitoso, en el cual la competitividad pasa por su integración en el plano regional para participar eficazmente en los mercados internacionales.

Nuestros países encaran el desafío de incorporarse a ese proceso de integración, con todas sus posibilidades. Para hacerlo no basta con la decisión política, sino que es también necesaria una coherencia económica. Con satisfacción comprobamos que en nuestra región se han ido produciendo avances en tal sentido, expresados en significativos cambios en las estrategias de desarrollo y en los grados de apertura de nuestras economías.

También hemos aprendido de Europa que la integración no tiene porqué comenzar simultáneamente entre todos los países. Vuestra experiencia demostró que ha de ser un proceso que podrá ir completándose y perfeccionándose en etapas sucesivas.

Esta América Latina que lucha por consolidar su democracia, por eliminar la pobreza y alcanzar el desarrollo, requiere de la colaboración de las naciones más desarrolladas del planeta, en especial de Europa, con quién tenemos las mayores afinidades culturales y políticas. Esa cooperación se ha expresado ya en muchos programas que han beneficiado a nuestra región. Pero esa cooperación es mucho más que una ayuda asistencial. Es apoyo científico-técnico y transferencia

tecnológica; son créditos para el impulso al desarrollo y enfrentar la deuda externa; es inversión directa o de "joint ventures" en nuestros recursos naturales y humanos; y es, también, oportunidades de comercio para nuestros productos, que muchas veces encuentran limitaciones en los mercados europeos en trabas burocráticas que desmienten la apertura de los mercados.

Estamos conscientes que esa cooperación requiere que los países de América Latina tengan economías estables para atraer esos créditos, transferencia tecnológica e inversión. Pero es importante también, saber si existe bajo esas condiciones, la disposición a cooperar con la región. Digo esto en España, porque este país ha levantado su voz en los foros europeos y ha defendido la necesidad de dar una mayor prioridad al continente en las orientaciones de política exterior y económica de la Europa de los 12. Pero también sabemos que esa no es la actitud predominante.

El impulso de una mayor cooperación entre nuestros continentes será determinante para el papel que América Latina ocupe en la reestructuración del sistema mundial que está hoy en marcha.

Somos un mercado potencial de mas de 300 millones de habitantes. Podemos movilizar recursos naturales y humanos suficientes para emprender la tarea común del desarrollo. Hoy tenemos en común una vocación democrática, construida sobre los desgarros de varias décadas. Ambos, América y Europa tenemos mucho que ganar de una asociación que contribuya a potenciar los recursos que posee cada cual. Este es el nuevo contenido de la cooperación.

Señoras y señores:

Si América mira a su alrededor buscando un interlocutor comprensivo y un amigo con quien fortalecer sus necesidades de interdependencia, las afinidades históricas le señalan primero a España. Y este Instituto de Cooperación Iberoamericano concebido como un lugar de encuentro, estímulo y promoción de las relaciones entre todos los pueblos de Iberoamérica, representa una instancia importante para alcanzar las aspiraciones de nuestras comunidades, a través de un enfoque moderno y dinámico, concorde con los desafíos de este final de siglo y del Quinto Centenario.

Cuando estamos próximos a conmemorar los quinientos años del descubrimiento de América, que separó épocas y unió continentes, dando origen a un nuevo mundo, es preciso que en la vorágine de los intereses concretos y lucrativos de las relaciones económicas y comerciales, no se pierdan de vista los ideales culturales y espirituales que nos unen.

Como señalara Su Majestad el Rey Juan Carlos "...todos los pueblos de nuestra lengua y cultura estamos llamados en esta hora a cumplir una gran aventura: la de crear una realidad nueva y una palabra inédita capaz de expresar el sentimiento trascendental que nuestros pueblos tienen de la justicia, de la libertad y de la dignidad..."

Podéis tener la certeza de que en esa tarea trascendental, Chile hará su parte.

MADRID, 9 de Abril de 1991.

MLS

ABR00991C